

Taller d'escriptura creativa.

Recull d'escrits



Ajuntament de Lleida

Avui en dia ens trobem immersos en una societat altament tecnificada i que necessita estar continuament informada. L'important és que la informació arribi d'una forma ràpida i, moltes vegades, amb el menor nombre de paraules possible. Les paraules, però, són la clau; el fonament que ens permet comunicar-nos. Les paraules són els signes que ens identifiquen com a individus amb capacitat de comunicació i de creativitat.

L'era de la informació massificada ha creat una nova cultura en què l'escriptura i la creació literària sembla que hagin passat a ocupar un segon plànol. Això no és pas veritat, afortunadament.

En aquest sentit, doncs, recuperar el gust per la paraula i per l'escriptura, recuperar la intensitat del discurs a través de la creació, em sembla molt important.

És, per tant, una gran satisfacció presentar aquest recull d'escrits fets pels participants en el Curs d'Espectura Creativa i que demostren que és possible crear un text bell si comptem amb els coneixements adequats, i, òbviament, una dosi elevada d'imaginació i creativitat.

La meva enhorabona per la feina feta i us encoratjo a continuar aquesta tasca el proper curs.

Rosa M. Ball i Papiol

Regidora de Serveis Personals i Salut Pública

Un grupo de amigos que escriben juntos

Este taller de iniciación a la escritura creativa nació, en el Centre Cívic de L'Ereta, en el mes de octubre del 2008, con la única ilusión, por mi parte, de reunir a un grupo de personas aficionadas a escribir, que desearan compartir su vocación con otras y adquirir una serie de herramientas que les ayudaran a desenvolverse mejor y con más seguridad en esta labor.

El principal objetivo era perder “el miedo del principiante”, enriquecerse mutuamente y disfrutar escribiendo, y la metodología seguida, muy sencilla, dictar, tras unas breves reflexiones teóricas, una consigna que les diera pie a escribir bajo las mismas premisas y en el propio taller, de forma espontánea y con un margen escaso de tiempo.

Los resultados han superado las expectativas más optimistas, como podréis comprobar en este cuaderno, y del taller han surgido algunos relatos de una calidad sorprendente, teniendo en cuenta que la mayoría de los talleristas no habían ejercido nunca, en serio, “el oficio de escritor”.

Los textos que aparecen en esta publicación son los que originariamente fueron escritos en el taller, en veinte minutos escasos, aunque algunos de los alumnos decidieron reelaborarlos en casa para hacerlos más extensos o mejorar el estilo, lo que demuestra que la semilla sembrada en estas sesiones ha dado excelentes frutos.

Ha sido un verdadero privilegio para mí guiar a los talleristas en esta aventura, así que les doy las gracias, de todo corazón, por el entusiasmo mostrado, por su actitud positiva y humilde, y, sobre todo, por haber entendido que no iban a competir, sino a compartir; ahora, son un grupo de amigos que escriben juntos.

Consigna: Escribe un relato partiendo de un “binomio fantástico” (dos palabras de diferente campo semántico)

Autor: **Joaquín García Terés**

Después de múltiples pruebas, el doctor estableció su diagnóstico: se trataba de una neumonía provocada por un virus, seguramente en busca de una cueva para guarecerse y desarrollarse. Para mí, se trataba de una pulmonía, como consecuencia de unos continuos resfriados no tomados demasiado en serio. Los síntomas que para el médico eran sólo los efectos de su definitivo diagnóstico, para mí eran de profundo cansancio, de pesadez suprema, de calor angustioso.

La **fiebre**, que apareció, como asomándose lentamente, iba apoderándose, dándole a mi cuerpo más temperatura, más tensión y fuerza a los martillos que golpeaban mis sienes. La cabeza, a punto de estallar y con una embriagada sensación, entraba en el torbellino sinuoso de imágenes que ya no eran de mi consciencia. Correr, correr, no llegar, no alcanzar, no avanzar; la distancia cada vez se hacía mayor, más lejana, más inabarcable. Figuras deformadas, enormes monstruos que caían en medio de agujeros negros del **espacio** sideral, vías lácteas infinitas que volaban como locadas bandadas de pájaros.

No sé el tiempo que la cama, donde yacía, giró de manera vertiginosa, sintiendo una náusea imparable...el fuego y los martillos en mi cabeza fueron lentamente remitiendo, puede ingerir ya el agua sin el vomito de repulsión...mi cuerpo empezó a pertenecerme y tomé consciencia de mi respiración...de sensaciones reales.

El rayo de sol que penetró en la habitación me restableció de manera renacida...

Consigna: Escribe un relato inspirado en un recuerdo de la infancia.

Autor: **Joaquín García Terés**

Los recuerdos de la infancia se me presentan como estampas fijas, traslúcidas, que se superponen. Aparecen indefinidas y hasta borrosas a pesar de sus colores, de su luz, de su brillo. Al tratar de aislarlas para traerlas a mi presente, algunas son evasivas y huyen como fugitivas, otras tratan de ocultarse en algún rincón y también se resisten a su realidad pretérita. No me atrevo, en la mayoría de los casos, a rescatarlas de su cueva por temor a que me invada la tristeza que me provocan las nostalgias junto con las culpas. Otros recuerdos, los más, son agradables, felices, y algunos agri-dulces como éste que me he permitido aislar, retener, y, sin pudor contar.

En una ocasión nos tuvimos que quedar solos en casa mi hermano de trece años y yo, por aquel entonces con apenas seis añitos. A mi hermano José Luís le gustaba jugar, enrabiarme, comerse las papillas y los postres de su hermano pequeño. Con el tiempo he comprendido que los pellizcos que recibía, con mezcla de cariño y rabia contenida, eran simplemente explosiones de su temperamental carácter y de su “pelusa”, no bien controlada. Para mí, él era el héroe al que seguía con obediencia, devoción, cariño... por suerte mi madre, como no podía ser de otro modo, atendía los desmanes que aplicaba sobre mí persona mi admirado hermano para que sólo fueran los mínimos imprescindibles, tolerados, para que mi integridad física no estuviera en peligro.

En esa ocasión, ya entrada la noche de un crudo invierno leridano, José Luís se desplomó como un fardo en medio del comedor y quedó tendido, inerte sobre las frías baldosas. Había muerto mi querido hermano, lo sabía con total seguridad, puesto que, antes de tirarse al suelo, me dijo que se

iba a morir. Estaba muerto, pero aun así, le ví como movía los pies, puesto que en su teatral caída le habían quedado demasiado cerca de la estufa y se le estaban abrasando. Es lo último que le ví mover, durante unos cinco minutos. Me encontré solo, vacío, perdido, y rompí a llorar con un llanto, sentido, doloroso, profundo, como nunca antes.

Me tumbé junto a él suplicándole que no se muriera. Le acariciaba, le besaba. Los cariñosos roces le producían cosquillas que le arrancaban sonrisas que no podía reprimir. Sus sonrisas me hacían recobrar la esperanza y la dicha, pero, momentos después, cuando su rostro volvía a su seriedad e impavidez de muerte, yo volvía a caer en el dolor más profundo. José Luís estuvo jugando y provocando las emociones más poderosas, más sinceras e ingenuas que he tenido en mi vida.

Se abrió la puerta de nuestra casa y apareció mi madre, que me rescataba de la tiranía de mi hermano. Corriendo y entre sollozos me abrazó a sus faldas como un náufrago a su último hálito de existencia. Ella no se alteró en nada, aun viéndome en ese estado, tan perturbado.

Para ella todo estaba normal, como siempre: mi hermano enredándose y yo lloriqueando. Sin excesiva vehemencia, le reprochó a José Luís su comportamiento y la falta de atención hacia su hermano pequeño. José Luís le contestó, con desdén, que lo había hecho simplemente para probar la estima que yo le tenía.

Aún hoy, al evocar aquellos momentos, noto esa emoción que, cual péndulo, me lleva a un intenso dolor cuando lo veo inerte, a la gran dicha cuando aparece su sonrisa. Es de un fuerte contraste: de todo a nada, de luz a tinieblas, de intenso gozo a enorme dolor, de vida a muerte.

Mi deseo para el resto de mi vida sería sentir con el mismo dolor y la misma dicha, como ese niño que fui...

Consigna: Escribe un relato autobiográfico.

Autor: **Manuel Martín Ibáñez**

El mono azul nuevo me hacía sentir bien, y mi ánimo, junto a mis compañeros, estaba alegre en aquel amanecer frío del mes de enero de 1960.

Trabajando desde los trece años en duras e ingratas labores, aquella oportunidad de formar parte de una gran empresa era ilusionante, y aquel mono azul limpio, como recién planchado, con letras amarillas sobre el pecho que nos recordaban que, ahora, éramos ferroviarios nos hacía sentir con orgullo y algo de nervios la nueva experiencia.

Detrás de nuestro monitor, curtido ferroviario, andábamos en fila, siguiendo el caminito, como un sendero natural, que se formaba al lado de la gravilla que sustentaba las traviesas y las vías del tren, y que nos acercaba al viejo Depósito de Máquinas de Vapor, en donde se suponía que iba a transcurrir nuestra futura vida profesional.

Las luces, roja, verde y blanca, de los semáforos de señalización de las vías llamaban nuestra atención, destacando en la penumbra de aquel amanecer invernal.

Todos, sin decirlo, éramos conscientes de la importancia de aquella primera visita, y nos animábamos con risas y palabrotas que no venían al caso, queriendo olvidar nuestros quince años, en una reafirmación ya de nuestra intuida hombría.

Al fondo, emergiendo tenebroso y oscuro, se alzaba el grande y cochambroso edificio que albergaba las negras y enormes máquinas de vapor.

Las bromas habían decaído y con paso indeciso, sorteando charcos e ingentes montones de escoria, consecuencia de los restos del carbón mal quemado en el cajón de fuego de las máquinas, traspasamos el umbral del viejo taller, andando por los pasillos que dejaban los fosos donde estaban aparcadas las viejas locomotoras para su reparación.

Colgadas del techo por un largo cable y llenas de polvo, unas funcionales lámparas provistas de sencillas bombillas, iluminaban pobremente la escena, creando una imagen irreal, casi fantástica, de aquellos monstruos de hierro, que despedían humo y vapor mientras unos sonidos metálicos irreconocibles musicaban la escena, como en una clásica secuencia de cine negro.

Con ánimo encogido, debíamos mirar al suelo, intentando sortear los múltiples obstáculos esparcidos entre foso y foso, donde unos operarios, como sombras difusas, se movían reparando las máquinas, a la luz pobre de unas bombillas al final de un cable alargado.

Entonces, y como un aparecido, surgió desde la oscuridad de un foso, entre las ruedas y la vía, un operario, cubierto por una gorra mugrienta, las manos y cara llenas de tiznones y grasa, con un mono derrotado y raído, donde era difícil distinguir alguna zona del azul original.

Se plantó erguido delante de nosotros, levantó los brazos, cual Cristo crucificado, para impedir nuestro avance y nos gritó con voz rota, mientras nos enseñaba sus sucias manos que sujetaban una gran llave fija de acero ennegrecida:

- ¡Marchaos, chavales, que os están engañando. Mirad mi mono y mis manos. Esto es lo que os espera. Marchaos!

Nosotros, después del instante de estupor, lo sorteamos para seguir andando, con las manos en los bolsillos, resguardados dentro de nuestro impecable mono azul, intentando no creer aquella aparición espectral, surgida de las entrañas de una máquina, y que se quedó vociferando a nuestras espaldas.

-¡Marchaos, que os engañan!

Nos miramos con risas nerviosas, intentando olvidar aquella imagen surgida de la nada, que iba a perdurar para siempre en nuestras mentes de jóvenes ferroviarios.

Consigna: Escribe un relato basándose en un refrán.

Autor: **Manuel Martín Ibáñez**

“Fantasía y pobreza, todo en una pieza”.

La fuente y la plaza iluminaban nuestra imaginación en los tiempos de la inocencia.

La fuente ya era vieja cuando yo era un niño y a ella acudíamos, sobre todo en verano, para beber a morro de su chorro de agua fresca. Emergía en el centro de la Plaza de la Ereta, como símbolo señero que la iba a hacer perdurar a través de los tiempos.

La plaza de la Ereta era la más popular del Casco Antiguo, y para llegar a ella desde mi barrio del Seminario Viejo, recorríamos callejuelas llenas de historia y con nombres de resonancias religiosas tan sonoros como Dolores, Caballeros, Rosario o Compañía, que ahora están señaladas en catalán, con su nombre original, pero que en mi recuerdo se siguen pronunciando en castellano.

La fuente, elevada sobre un bordillo cuadrado y flanqueada con gallardía por unas farolas, era alta, de hierro fundido ennegrecido por el paso del tiempo, y sus dos caños de cobre, por donde manaba el agua, mostraban zonas relucientes, consecuencia del brillo adquirido al contacto de las manos cuando se apoyaban para beber directamente con la boca.

La plaza se desarrollaba a su alrededor con casas de poca altura que formaban un cuadrado irregular con callejas en todas las esquinas, y su firme, inclinado como todas las calles que suben o bajan del Castillo, estaba empedrado de cantos rodados, antiguos y duraderos.

Las casa vecinales, algo inhóspitas, empujaban a los vecinos a la calle, donde se encontraban con agrado, como el mejor lugar para relacionarse. Tiendas y bares, alguno de mala nota, ayudaban a mantener la relación vecinal en un tono distraído que no permitía el aburrimiento.

Los corros de personas, sentadas a la puerta de sus casas haciendo tertulia, sobre todo en verano, era estampa normal y alegre, sobre todo cuando el grupo era de gitanos leridanos, que siempre han sido un colectivo integrado en estas tierras.

La plaza acogía con calor a las personas, reuniéndolas, como una gallina a sus polluelos. Y se dejaba festejar con verbenas, petardos, concursos de pintura y demás acontecimientos lúdicos, que las imaginativas mentes de las personas del barrio pudieran pensar, siempre alrededor de la acogedora fuente, que ofrecía el agua de sus caños, como unas ubres generosas.

Para nosotros, niños al fin y al cabo, la Plaza de la Ereta tenía un simbolismo especial, y a ella acudíamos, no sólo a la llamada de su fresca

agua, también queríamos hacernos notar buscando pelea y encontrándola con los niños, que nos recibían con piedras y petardos, en una “guerra” que nos gustaba provocar, para salir huyendo después por las callejuelas del barrio antiguo que tan bien conocíamos.

Ahora, tantos años después, la Plaza de la Ereta ya no es la misma, los edificios modernos la han invadido y aquel bullicio de vida y personas ha desaparecido.

Sólo han respetado su fuente, con sus farolas, que se mantiene negra, vetusta e hidalga en el centro de la plaza, reflejo de otros tiempos, que a los que ya somos abuelos, nos parecían mejores.

La patina del tiempo, que todo lo embellece.

Será que la fantasía se impone al recuerdo de la pobreza, que no se siente cuando se invocan con nostalgia las andanzas de la niñez.

Centre cívic de L'Ereta, 2008.

Consigna: Escribe un relato de Humor negro inspirándose en el título de una obra conocida.

Autora: **Rosario Goñi**

El caso de la mujer asesinadita

Alguien entró en la habitación indicando silencio con el dedo índice sobre el labio y una risa reprimida. En las paredes de aquella sala reinaban los colores, las flores, las mariposas y algún extraño cuadro que parecía empeñado en transformar la realidad, en confundir. En uno de esos cuadros aparecía una pipa perfectamente pintada con un rótulo debajo que advertía: "*Esto no es una pipa*".

En un rincón de la sala, junto a una lámpara de pie, una gran caja de madera, articulada, ocupaba una chaise-long como si en su interior, y por las proporciones, descansase el cuerpo de una mujer sentada, dentro de aquel vestido de madera perfectamente adornado con relieves y herrajes dorados. En la parte superior de la caja había una inscripción en clave: RIP.

¿Había tomado vida el cuadro de Magrit?

Consigna: Escribe un monodialogo.

Autor: **Joaquín García Terés**

Otra vez esa maldita timidez que me atenaza. En clase siento ese miedo escénico al estar rodeado de otros, queridos compañeros, sí..pero otros. Ahora, la “profe” nos da 20 minutos para que enseñemos el talento que tenemos. Como si eso fuera tan fácil. Como si el talento fuera unas uñas que con el tiempo crecen. Ella lo llama consigna, (a mí que me suena a tortura). Recorre mi espalda un escalofrío y siento inseguras mis posaderas.

Me encuentro como preso de esa rutina, tan encorsetado, tan obligado, sólo siento deseos de salir corriendo del aula. Me equivoqué, tenía que haberme apuntado a la petanca. Me resulta tan molesto tener que doblegar mi volátil pensamiento, detener la fugaz idea, domesticar la dispersa inspiración a la docilidad y disciplina que se nos impone.

En el fondo, es la “profe”, que me tiene ojeriza Pero cómo justificar con ese pretexto la falta de agilidad; ¡tengo 64 años!...No, no me sirve.

¡Pero qué injusticia! Desde cuándo el artista tiene normas, desde

cuándo acepta las ortodoxias...Sí, sí, estoy perdiendo el tiempo divagando y hay que escribir algo con sentido, y el tiempo va pasando, y, lo que es peor, luego tendré que leer delante de todos las tonterías que no se me ocurren. Me voy a martillar los sesos esos dos minutos últimos, para escupir la solitaria idea antes de que la “profe” me arranque la hoja de las manos.

Estoy perdido; esta hojita cada vez se me asemeja más a un gran lienzo en blanco, y no pongo garabatos que puedan formar alguna frase con algo de sentido. La próxima vez me tomaré dos **guiskis**, (¿o ha sido al cambiar de marca?..). Eso, lo del **guiski**, no lo voy a leer.

...Qué carajadas me están saliendo, aunque a mi “compí” Rosario, que es un cielo, seguro que le gusta, es muy generosa. Le gustó incluso el día que copié del Catón ...esa pagina que decía: mi mamá me mima ...mi papá me ama ...mi tata me mola

Gracias, Rosario, eres un sol. Tú serás la culpable de que siga escribiendo mamarrachadas...y se desaproveche un petanquista olímpico...

Consigna: Escribe un relato partiendo de un refrán.

Autora: **Rosario Goñi.**

Cría cuervos y te sacarán los ojos.

“Cría cuervos y te sacarán los ojos”. Era él, la voz de él, el vecino de arriba. Las palabras sonaban fuerte, de pelea. Miré por encima del periódico que tenía en mis manos, buscando una respuesta en la pared de enfrente. Tendría que lamentar, pensé, el haberme trasladado a aquel apartamento tan pequeño, apenas el espacio para dejar la bolsa de viaje y algunos libros, en el que misteriosamente y sin ocupar lugar, se colaban palabras de bronca. Una voz de mujer, confundida, a veces, con un sollozo, parecía dominar en aquel ir y venir de sonidos extraños. Se transmitían a través del respiradero de la cocina abierta. Sin proponérmelo, iba forjando en mi cabeza una historia disparatada. No podía concentrarme en la lectura y me dormí al rato con el periódico en las manos.

Me despertó, por la mañana, la música de un tango que ella canturreaba también, seguida de algunas risas y la voz de él, ya en son de paz, con el “cría cuervos”...

Subí la ventana de mi habitación y contemplé la mañana espléndida. Por el pequeño pasillo que formaba mi calle, pasó una gaviota batiendo sus alas; era blanca y hermosa, pero, al levantar el vuelo, emitió un graznido de amenaza.

Consigna: escribe un relato de humor negro inspirándote en el título de una obra conocida.

Autora: **Ana Borreguero.**

Morir con el móvil puesto

El hombre yacía en su ataúd, cómodamente instalado, cómodamente instalado, serio, porque la ocasión tampoco daba para muchas risas, pero con la expresión serena de aquel a quien la muerte ha pillado sin avisar y, además, en unas circunstancias bastante agradables (había muerto encima de su mujer, mientras echaban un polvete)

Lo habían vestido con el traje que llevaba cuando llegó a su casa, después de esa reunión tan pesada que había tenido en su empresa, en la que habían tratado sobre la posibilidad de vender un excedente de cremas bronceadoras a unos clientes que tenían en Gambia.

Su mujer, hijos y demás parientes lloraban en la primera fila de la iglesia, prudentemente, eso sí, porque tampoco se trataba de dar el espectáculo, sobre todo sabiendo que eran el punto de mira.

Cuando el cura, compungido, se hallaba en el momento aquel en que las lágrimas comenzaban a aflorar en la mayoría de los asistentes (aunque sólo fuera para demostrar que también tenían su corazoncito), empezó a sonar un móvil con la sintonía de la última canción de David Bisbal, subiendo cada vez más de tono. Mil manos se dirigieron a los bolsos y bolsillos, aunque supieran que esa música no correspondía a su móvil. ¿ Pero quién había tenido semejante despiste, y en tal ocasión?. Y eso que el párroco había advertido ya, antes reempezar el acto, que, por favor, silenciaran sus aparatos (los móviles).

Cuando todos se convencieron de que el teléfono no era el suyo, todas las miradas se dirigieron hacia el féretro. ¡Ese muerto era un cabrón! Siempre le había gustado llamar la atención.

Consigna: escribe un monólogo interior.

Autora: **Ana Borreguero.**

Los odio. Imbéciles castigarme chorrada. Balón. Cristales rotos. Sólo soy un niño. No tengo que estar quieto, quieto no puedo estar porque soy un niño los niños no están quietos. Marcos no me ajunta pero me da igual como la raya del pelo también me da igual. En un lado o en otro me puedo buscar otro amigo otro aunque no se llame Marcos. No me gusta la verdura. La tengo que comer pero puedo estar mucho rato me aburro y tengo que jugar. Balón disparado contra la ventana. No tengo culpa. Sólo soy un niño no pedí nacer pero puedo jugar otra cosa. No quiero lavarme las manos cada vez y la maestra no me gusta. Cuando sea mayor seguiré siendo un niño los mayores no me gustan ¡gilipollas! Ahora tengo hambre. Más tarde me dormiré. No quieren que moleste mi hermana no molesta pero me da rabia estoy hasta narices pero puedo hacer lo que quiera porque soy un niño y ensuciarme y sacarme los mocos aunque mi padre también se saca los mocos.

Consigna: Escribe tu versión particular del cuento *La Navidad del pavo*, de Pardo Bazán.

Autora: **Clara Olmo**

...Su ruego se dirigió al Niño Jesús, que se veneraba en la casa cuyo corral habitaba el pavo...

“Jesusito de mi vida, eres niño como yo
y por eso yo te pido que me otorgue más razón-
dijo el pavo desde su rincón”.

Pasaron cinco, diez minutos y el pavo no notó ninguna señal ni cambio.

-¡ Qué extraño...! ¡ahh!, quizá ya soy más listo y tengo que ponerme a prueba para darme cuenta.

Corrió hacia el salón, y allí estaba el señor.

Perfecto, como ahora soy más inteligente, le podré explicar que soy un ser superior y guisado no puedo ser.

Nuestro pavo se colocó al lado del desaliñado dueño y empezó a gargarrear y a bailar a su alrededor, con el fin de convencerlo, explicándole, a su manera, la nueva situación.

La mujer, que planchaba, dijo asustada:- Mauricio, a este pavo le pasa algo, está como alterado, será mejor sacrificarlo ya, y acabar con su agonía.

Cuando el pavo oyó estas palabras, salió zumbando hacia el corral a reprocharle al bebé.

-No es justo, no lo has hecho, sólo te había pedido eso.

Detrás del animal llegaba la mujer dispuesta a dar caza a nuestra ave, y, cuando casi la tenía agarrada por el pescuezo...algo la golpeó en lo alto y en la justísima mitad de la cabeza.

Era la estrella del Belén,
que se había descolgado
y a la mujer había tumbado.

Entonces, se oyó una voz.

Ay, pavo, pavo...
Esta vez te has librado,
no te retorcerán el cuello,
pero no pidas más aquello
para lo que no estás predestinado...
jejeje.

Consigna: Escribe el cuento de Caperucita Roja desde el punto de vista de alguno de los personajes.

Autor: **Jaume Marc Torrent**

Em trobava desesperat fent passes pel meu bosc, que tot i coneixent-lo bé, feia quatre dies que no havia tingut oportunitats de trinxar amb el queixals, quan, de sobte, la imatge d'una eixerida noieta rosa m'il·luminà els ulls.

Un sisè sentit em retenir el desig d'abraonar-me sobre de ella, i em polistrant-me al mirall del rierol en estava aguantant-la, em feia el trobadís interpretant les maneres de quan era un tendre llobató.

No va em resultar difícil que la innocència de la cantàbil bordegassa em regalés les orelles, entonant amb tot detall que feia camí amb un tortell de poma i mantega de cabra per oferir-lo a la seva avia, que vivia al peu de la verdosa carena propera.

Accionades automàticament les malnades coordinades mentals, em convencia de que la virginal xiqueta podia ser postres de gourmet. Acomiadant-me amb destresa, em donava manya per arribar primer a casa de l'avia, on després de fer-me obrir el portal, enllestia mal engolint, un menú insuls y sense suc, i apariant els llençols a manera d'estovalles d'un quatre estrelles, em disposava a esperar el millor dels plaers, tot refrescant-me els llavis amb la imaginació.

Consigna: Escribe un monólogo interior.

Autor: **Jaume Marc Torrent**

Cagon dena. Merda! I ara que? N'estic tip d'aqueta vida! Cireres. Cireres. I codonys! Per què no agafaria codonys? Merda i merda, els hagués tirat al cap.

M'ha estovat. La cama! Els turmells, els lloms...aquí, a les costelles uuuuuiiih! Hostia! Aqueta dent. No! Dues. Ja tan sols en quedaran dues. Ara si que no podré menjar codonys...

Fot calor, plourà. Fignes! I potser olives. Nous no podré. Ni avellanes. Fignes, caquis, peres, potser melons. I carn? Re de les costelletes de xai que robem al pastor. Mandonguilles de vedella caducades del carnisser. I gràcies!

I la rameta de menta que m'agrada tenir als llavis, què? Com la subjectaré? I ja no podré obrir les cerveses; ni treure el tap de suro de les botelles de vi. Sopetes, sopetes. Però on les faré sense foc a l'abast. Els companys em diran el mitges punyetes. Merda i merda mil vegades! Merda de les cireres i merda del pagès. I merda de la punyetera gana!

Però, collons...tinc gana!

Consigna: Escribe un relato de humor negro basándote en el título de una obra conocida.

Autora: **Montse Borreguero**

Morir con las media puestas

Era un día de enero muy poco usual- lucía un sol más propio del mes de abril- y Rosa pensó que, esa tarde, en vez de ponerse los pantalones, podría aprovechar para estrenar aquellas medias de fantasía que tanto le habían gustado cuando se las compró. Al mirarse en el espejo, le satisfizo mucho la imagen que veía. “¿Qué bien le sientan a mis piernas unas buenas medias!. Era una pena que, en su ciudad, pudiera lucirlas tan poco tiempo, ya que la climatología no se prestaba a ello. Cuando se reunió con sus amigas, se las mostró muy orgullosa, y ellas (alguna no sin cierta envidia) convinieron que, realmente, le quedaban muy bien. Su autoestima se iba elevando, según pasaban las horas. Los hombres que estaban en la cafetería no dejaban de mirar esas pierna macizas y bien torneadas, que Rosa no perdía la ocasión de mostrar yendo al baño o a la barra con cualquier excusa, en vista del éxito que estaba teniendo. “¡De ahora en adelante, me las voy a poner, aunque haga mucho frío”, pensó, mientras volvía a casa. Ya faltaban pocos metros para llegar al portal cuando, al ir a cruzar al otro lado de la acera, irrumpió en la calzada aquella motocicleta, a toda velocidad y se la llevó por delante. Un segundo antes de que se parara su corazón, le dio tiempo a mirarse y dijo: ¡menos mal que no se me han roto las medias!

Consigna: Escribe un relato basado en un recuerdo de tu infancia.

Autora: **María Pilar Llusà**

Mi padre y yo nos engañábamos mutuamente; queríamos aparentar que estábamos contentos, pero, en el fondo, no era así.

Como en muchas ocasiones, volvíamos en el coche, a última hora de la tarde, de pasar el día en Barcelona.

Mi padre asistía a la Lonja, por la mañana, y yo, mientras tanto, me quedaba en casa de una hermana suya. Para mí, era un premio. El ambiente alegre que se respiraba allí, con tres primos muy vitales y unos tíos encantadores era lo que yo necesitaba en aquellos tiempos; mi madre había muerto hacía poco y en nuestra casa se notaba su ausencia. Durante todo el día, jugamos y reímos muchísimo, pero llegó el momento de irnos.

También me ilusionaba el volver juntos, sin nadie más. Me hacía mi padre preguntas sobre lo que habíamos hecho los chicos. Nos comprendíamos. Cuando acabaron mis explicaciones, él empezó a cantar para que yo le siguiera, y así fue, pero su voz le traicionaba. Como su cara estaba un poco iluminada por la luz de contacto, ví cómo le rodaban las lágrimas por las mejillas. Estaba triste. Para disimular, seguí cantando, y llorando por él.

Consigna: Escribe un relato de humor negro basado en el título de una obra conocida.

Autora: **María Pilar Llusà**

Cuando Manolo se enteró de que su mejor amigo estaba acabándose, se apresuró a visitarle. Al llegar a la casa, le abrió la puerta la casi viuda. Como ésta era muy presumida ya estaba probándose ropa para estar lo más elegante posible el día del entierro, así que, viéndola tan atareada, se quedó para ayudarla quedándose con el amigo.

Entró en la habitación en penumbra. En la cama yacía el moribundo, la cara amarillenta y las manos tiesas (en fin, hecho un asco)

-Pepe-le dijo Manolo- ¿Cómo te encuentras?-

-Ay, Manolo, de ésta no salgo.

-¿Qué dices, atontado. Si te veo estupendo. Ahora mismo nos vamos a ir a tomar unos chatos y unos pinchos y te repondrás enseguida. Hasta iremos a bailar.

Pepe le contestó con voz trémula:

-¿Pero no ves lo mal que estoy?

- Déjate de tonterías. Te voy a vestir y enseguida te animarás.

(Y mientras le sacaba la chaqueta del pijama y le ponía una camisa blanca)

- Ay... por favor, no me marees.

Pero Manolo siguió en el empeño de vestir a su decrepito amigo.

Cuando ya le estaba poniendo los calcetines, Pepe le suplico, exhausto:

-Déjame en paz, hombre, ¿no ves que me estoy muriendo?

-Claro que lo veo, precisamente, precisamente por eso me apresuro a vestirte. Luego te quedarás tieso y no habrá forma de arreglarte.

Poema escrito por todos los talleristas al alimón, utilizando la técnica del cadáver exquisito.

Los árboles de la calle se desnudaban
los cuerpos sudaban, se bebían la tristeza que envejece
el rostro amado y a la vez perdido
pero no importa, sobre todo hay que tener
mucho paciencia, infinita paz interior
que atraviesa el corazón dolido por amor
siempre por amor y sin tapujos
que no eran de corcho sino de mentiras obscenas.

LA PAERIA



Ajuntament de Lleida